



Acerca de  
la autora

# Judy Blume

Desde niña, a Judy Blume le gustaban el cine, los programas de radio y la sala de libros infantiles de su biblioteca. —Pero no encontré verdadera satisfacción en la lectura hasta que me hice mayor; no había libros con personajes que sintieran lo que yo sentía, que actuaran en la forma en que yo lo hacía... —dice la autora. Con el paso del tiempo, Blume decidió escribir libros para niños que contaran cosas de la vida real.

En 1966, Blume empezó a escribir cuentos infantiles, que imaginaba mientras lavaba los platos de la cena. Durante dos años sus cuentos fueron rechazados por los editores y estuvo a punto de abandonar la idea de escribir. Fue entonces cuando tomó un curso de creación literaria para niños. ¡Le gustó tanto que lo hizo dos veces! Así fue como comenzó su carrera de escritora.

Blume ha escrito novelas para niños y adultos. Ha ganado varios premios. Blume dice de sus historias que “no tienen ningún valor si uno no las saca directamente del corazón”.

Acerca de la  
ilustradora

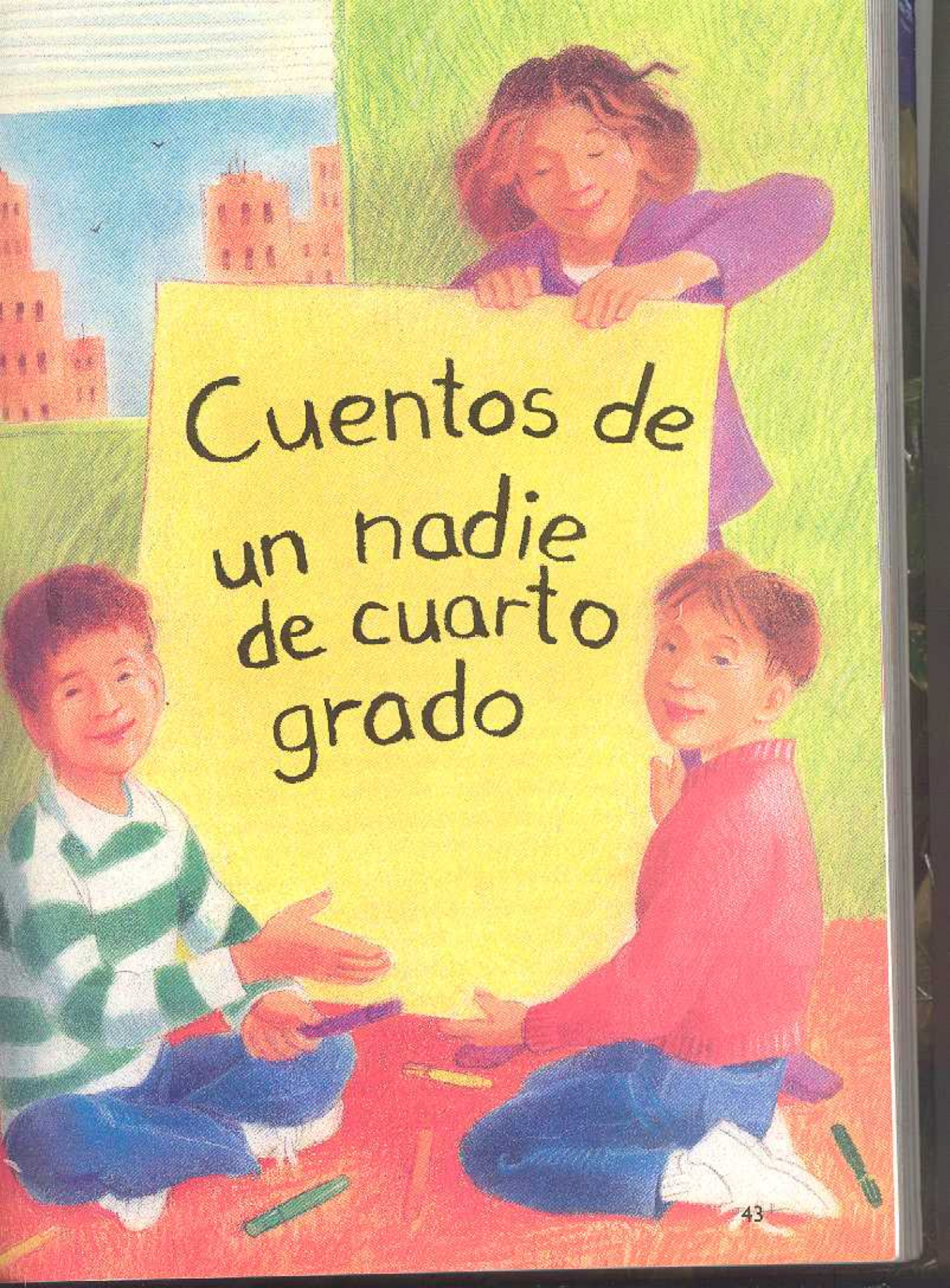
# Betsy James



Betsy James creció en Salt Lake City, Utah. Le gustaba ir de excursión y acampar con su familia. También le gustaba mucho leer. —No era raro que me encontraran en lo alto de un pino con la nariz metida entre las páginas de un libro —dice. Además de leer y salir de excursión le gustaba dibujar. En su familia, los niños siempre hacían sus propias tarjetas de felicitación y los regalos para sus familiares.

James pasó de crear libros para regalar a escribirlos e ilustrarlos para ser publicados. Para preparar las ilustraciones de esta historia, Betsy leyó varios cuentos de Judy Blume, que vive a sólo quince millas de su casa, en el estado de Nuevo México.



An illustration of three children in a room. A girl with curly brown hair, wearing a purple long-sleeved shirt, is leaning over a large yellow rectangular sign. Two boys are sitting on a red carpeted floor in front of the sign. The boy on the left is wearing a green and white striped sweater and blue pants. The boy on the right is wearing a red sweater and blue pants. They are all smiling. The background shows a window with a view of a city with orange buildings under a blue sky. The sign has the text 'Cuentos de un nadie de cuarto grado' written on it in a black, hand-drawn font. There are some colored pencils on the floor around the children.

Cuentos de  
un nadie  
de cuarto  
grado

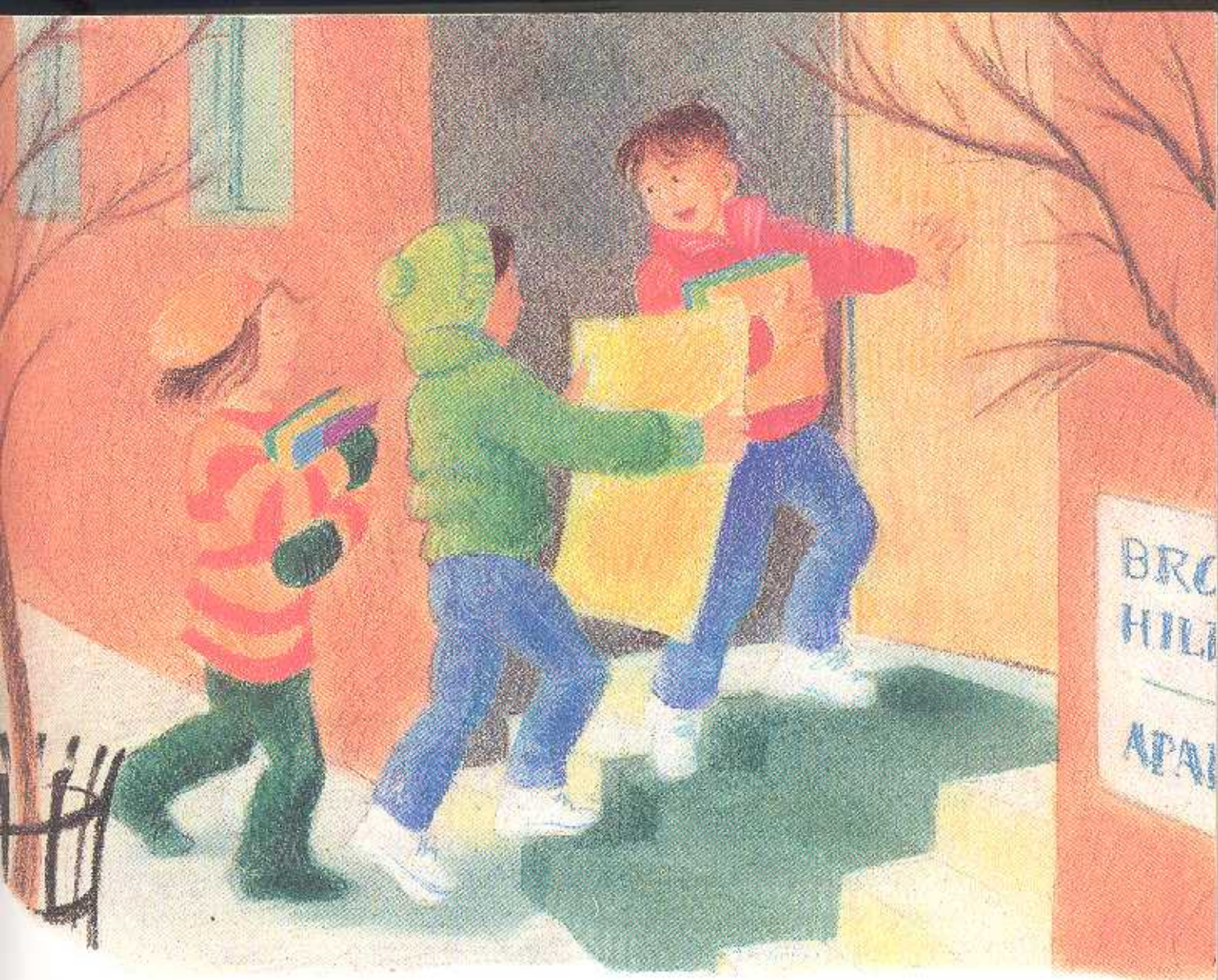


En enero nuestro salón empezó un proyecto sobre La Ciudad. Para que pudiéramos trabajar en casa, nuestra maestra, la señora Haver, nos dividió en grupos de acuerdo al lugar donde vivíamos. En mi grupo estábamos Sheila, Jimmy Fargo y yo. Nos tocó el tema del Transporte. Decidimos hacer las reuniones en mi apartamento porque yo era el único de los tres que tenía su propio dormitorio. Cada grupo debía entregar un trabajo escrito, un cartel y hacer una presentación oral en el salón.

El primer día que nos reunimos después de clase compramos una cartulina amarilla. Jimmy la quería azul, pero Sheila lo hizo cambiar de idea. —El amarillo es un color mucho más brillante —le explicó—. Destacará más todo lo que pongamos. El azul es un color muy aburrido.

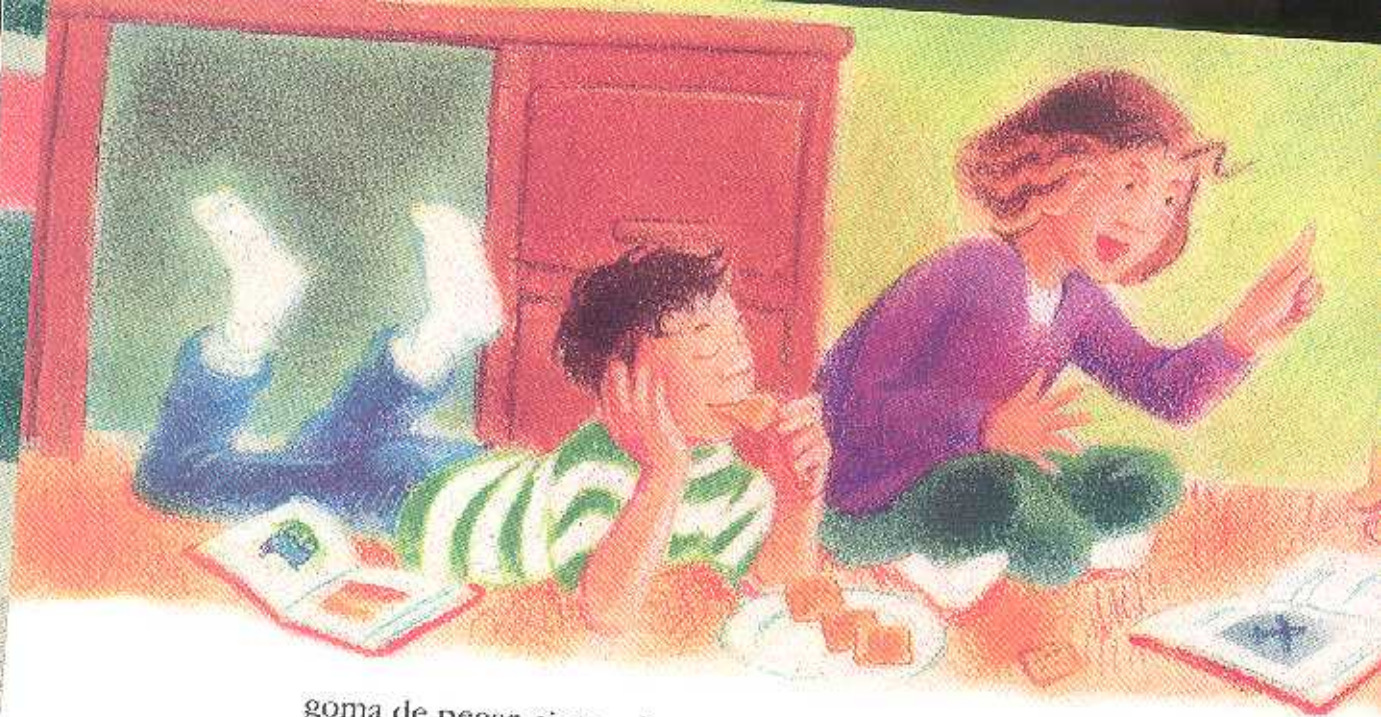
Sheila se cree mucho más inteligente que Jimmy y yo juntos —y sólo porque es una niña! Nos dijo que ella haría el trabajo escrito y que nosotros haríamos la mayor parte del cartel; eso sí, teníamos que consultar con ella cualquier decisión para estar segura de que le gustaban nuestras ideas. Accedimos, ya que Sheila prometió escribir diez de las páginas del trabajo y así nosotros sólo teníamos que hacer cinco.

Después de comprar la cartulina amarilla fuimos a la biblioteca. Sacamos siete libros sobre transporte. Queríamos saber todo lo que



pudiéramos sobre la velocidad, los atascos y la polución. Acordamos reunirnos los martes y los jueves por la tarde durante las próximas dos semanas. Nuestras primeras reuniones transcurrieron así: llegábamos a mi casa alrededor de las tres y media, comíamos algo y después jugábamos con Dribble otra media hora. No era muy divertido tener a Sheila cerca de nosotros. Se quejaba siempre; decía que le había tocado el peor de los grupos y que Jimmy y yo bromcábamos mucho y trabajábamos poco. ¡Nosotros la aguantábamos porque no nos quedaba más remedio!

Sheila y Jimmy debían regresar a su casa antes de las cinco y media para la cena. Así que alrededor de las cinco empezábamos a recogerlo todo. Guardábamos los materiales en una caja de zapatos debajo de mi cama. Teníamos un juego de marcadores mágicos,



goma de pegar, cinta adhesiva, un par de tijeras muy afiladas y un tarro de pintura plateada. Sheila llevaba y traía consigo el trabajo escrito de nuestro grupo. ¡No se fía de nosotros como para dejarlo en mi casa! La cartulina cabía debajo de mi cama. Y los libros de la biblioteca los acomodaba encima de mi escritorio. Me aseguraba de que todo quedara bien recogido porque mi madre había dicho que si dejábamos algo desordenado tendríamos que buscar otro lugar para trabajar.

En nuestra tercera reunión informé a Jimmy y a Sheila que ya había encontrado la solución para los problemas de tráfico de la ciudad de Nueva York. —Nos tenemos que deshacer del tráfico —les dije—, los autos, autobuses y taxis no deberían estar permitidos. Lo que realmente necesitamos es un sistema de monorraíl para toda la ciudad.

—Eso es muy caro —exclamó Sheila—. Además, no es práctico.

—¡No estoy de acuerdo! —le dije a Sheila—. Es muy práctico. Al evitar los atascos nos libramos de la polución y la gente podrá desplazarse más rápidamente.

—¡Pero no es práctico! —dijo Sheila de nuevo—. Es muy caro. Entonces abrí uno de mis libros sobre transporte y le leí una cita:

“Un sistema de monorraíl es la esperanza del futuro”. Me aclaré la garganta y la miré fijamente.

—Pero no podemos escribir un informe sólo sobre el monorraíl —dijo Sheila—. Es imposible llenar veinte páginas con ese tema.

—Podemos escribir con letra bien grande —sugirió Jimmy.

—¡No! —dijo Sheila—. Quiero sacar una buena nota en este



proyecto. Peter, si quieres, puedes escribir cinco páginas sobre el sistema de monorraíl y su funcionamiento. Y tú, Jimmy, puedes escribir cinco páginas sobre la polución causada por el transporte. Yo escribiré diez páginas sobre la historia del transporte en la ciudad—. Sheila se cruzó de brazos y sonrió.

—¿Puedo escribir con letra grande? —preguntó Jimmy.

—¡No me importa lo grande que hagas la letra con tal de que pongas tu nombre en tus cinco páginas! —le dijo Sheila.

—¡Eso, no es justo! —protestó Jimmy—. Se supone que esto es un trabajo en equipo. ¿Por qué tengo que poner sólo mi nombre?

—¡Entonces no hagas la LETRA GRANDE! —le gritó Sheila.

—Muy bien. Muy bien... voy a escribir tan pequeñito que la señora Haver necesitará un microscopio para ver las letras.

—Muy chistoso —dijo Sheila.

—Miren —les dije a los dos—, creo que todo el trabajo debería llevar la misma letra. Es lo más justo. Si no, la señora Haver sabrá quién ha hecho cada parte y ya no será un trabajo de equipo.

—¡Qué buena idea! —dijo Jimmy—. ¿Quién de nosotros escribe mejor?

Jimmy y yo miramos a Sheila.

—Bueno, por supuesto que tengo muy buena letra —dijo Sheila—, pero si debo pasar a limpio sus trabajos más vale que me los entreguen el próximo martes, ya que de lo contrario no tendré tiempo suficiente para hacerlo. Ya deberían estar manos a la obra

con el cartel—. Sheila habló como si ella fuera la maestra y nosotros los estudiantes.

Yo y Jimmy diseñamos solos todo el cartel. Escribimos los pros y los contras de los distintos medios de transporte. Quedaba muy bien. Dividimos la cartulina en tres partes: tierra, mar y aire, y pensamos en una ilustración para cada una de ellas —pintaríamos el avión plateado brillante y las letras con marcador azul y rojo. Ese día terminamos casi la mitad de las letras. También hicimos el boceto del barco, el avión y el camión.

Cuando Sheila lo vio, preguntó: —¿Se supone que esto es un tren, no?

—No —le dije—, es un camión.

—Pues no lo parece —contestó ella.

—Lo parecerá cuando esté terminado —le dijo Jimmy.

—Eso espero —dijo Sheila—. ¡Por ahora parece un tren volador!

—Es porque todavía no hemos hecho el suelo —le explicó Jimmy.

—Sí —asentí yo—. Mira, tiene que parecer que está en una calle aunque por el momento parezca que está en el espacio.

—Lo mismo pasa con el barco —dijo Sheila.

—Pondremos algunas olas alrededor —le dije yo.

—Y algunas nubes alrededor del avión —dijo Sheila.

—Escucha —gritó Jimmy—. ¿Te han dicho alguna vez que eres muy mandona? ¡Este cartel es nuestro! Tú, ocúpate del trabajo escrito. ¡Recuerda... así fue como lo quisiste!

—¡Mira... te has vuelto a olvidar de que esto es un equipo y se supone que tenemos que trabajar juntos! —dijo Sheila.

—Trabajar juntos no significa que tú des órdenes y que nosotros obedezcamos —sentenció Jimmy.

*¡Eso era exactamente lo que yo estaba pensando!*

Sheila no contestó. Recogió sus cosas, se puso el abrigo y se marchó.

—Espero que no vuelva nunca más —dijo Jimmy.

—Volverá —le dije—, somos su equipo.

Jimmy se echó a reír. —¡Sí... un equipo que se lleva muy bien!  
Guardé nuestro cartel debajo de la cama, me despedí de Jimmy y me lavé las manos para ir a cenar.

Mi madre se estaba portando bastante bien con el tema de nuestras reuniones. Se las arregló para que Fudge jugara en el apartamento de Ralph los martes y en el de Jennie los jueves. Por otro lado, como Sam tenía varicela, no podía jugar en absoluto.

Afortunadamente, tendríamos nuestra última reunión la semana próxima después de clase. Ya no aguantaba más a Sheila y estaba harto del Transporte. Además, ahora que sabía que el monorraíl era la única forma de salvar nuestra ciudad, estaba furioso con el alcalde y con todos esos señores que dirigen la alcaldía porque no están haciendo nada para instalar uno. Si yo sabía que ése era el mejor método de transporte para la ciudad, ¿cómo es que ellos no lo sabían?

Al día siguiente, cuando regresé de la escuela, entré a mi dormitorio para ver a Dribble. Fudge estaba allí, sentado en mi cama.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

Sonrió.

—No puedes estar aquí. Éste es mi dormitorio.

—¿Quieres ver una cosa? —dijo Fudge.

—¿Ver qué?

—¿Quieres ver una cosa?

—¿Qué? ¿De qué hablas? —le pregunté.

Saltó de mi cama y gateó debajo de la cama. Salió con nuestro cartel. Lo levantó.

—Mira —dijo—. ¡Bonito!

—¿Qué has hecho? —grité—. ¿Qué has hecho con nuestro cartel?

Estaba lleno de garabatos de todos los colores. ¡Estaba completamente destrozado! *Estaba hecho un asco y estaba estropeado.* Quería matar a Fudge. Agarré el cartel y corrí a la cocina para enseñárselo a mi madre. Apenas podía hablar. —Mira —le dije, sintiendo que se me hacía un nudo en la garganta—. Mira lo





que ha hecho con mi cartel—. Los ojos se me llenaron de lágrimas pero no me importó—. ¿Por qué lo dejaste? —pregunté a mi madre—. ¿Por qué? ¿Es que yo no te importo?

Tiré el cartel al suelo y corrí a mi dormitorio. Cerré de un portazo, me quité un zapato y lo tiré contra la pared. Dejó una marca negra. Bueno, ¿y qué?

Entonces oí que mi madre gritaba, y después oí llorar a Fudge. Al rato mi madre llamó a mi puerta y dijo: —Peter, ¿puedo entrar?

No contesté.

Abrió la puerta, se acercó a mi cama y se sentó a mi lado.

—Lo siento mucho —me dijo.

Me quedé callado.

—Peter —volvió a decir.

No la miré.

Me tocó el brazo. —Peter... por favor, escucha...

—¿No te das cuenta, mamá? No hay forma de hacer mi tarea sin que él la estropee. ¡No es justo! Ojalá Fudge no hubiera nacido nunca. ¡Nunca! ¡Lo odio!

—No lo odias, sólo crees que lo odias —dijo mi madre.

—Por favor, hablo en serio. ¡No aguanto más a ese niño!  
—dije yo.

—Estás enojado —continuó mi madre—. Lo sé y no te culpo por ello. Fudge no tiene derecho a tocar tu cartel. Le he dado una paliza.

—¿De veras? —pregunté. A Fudge no le pegaban nunca. Mis padres no creen en las palizas—. ¿Es cierto que le has dado una paliza? —pregunté de nuevo.

—Sí —dijo mi madre.

—¿Fuerte? —insistí.

—En el trasero —me dijo ella.

No lo podía creer.

—Peter... —mi madre me abrazó—. Mañana te compraré una cartulina nueva. Ha sido culpa mía. No debería haberle dejado entrar en tu dormitorio.

—Ya ves que necesito una cerradura en mi puerta —le dije.

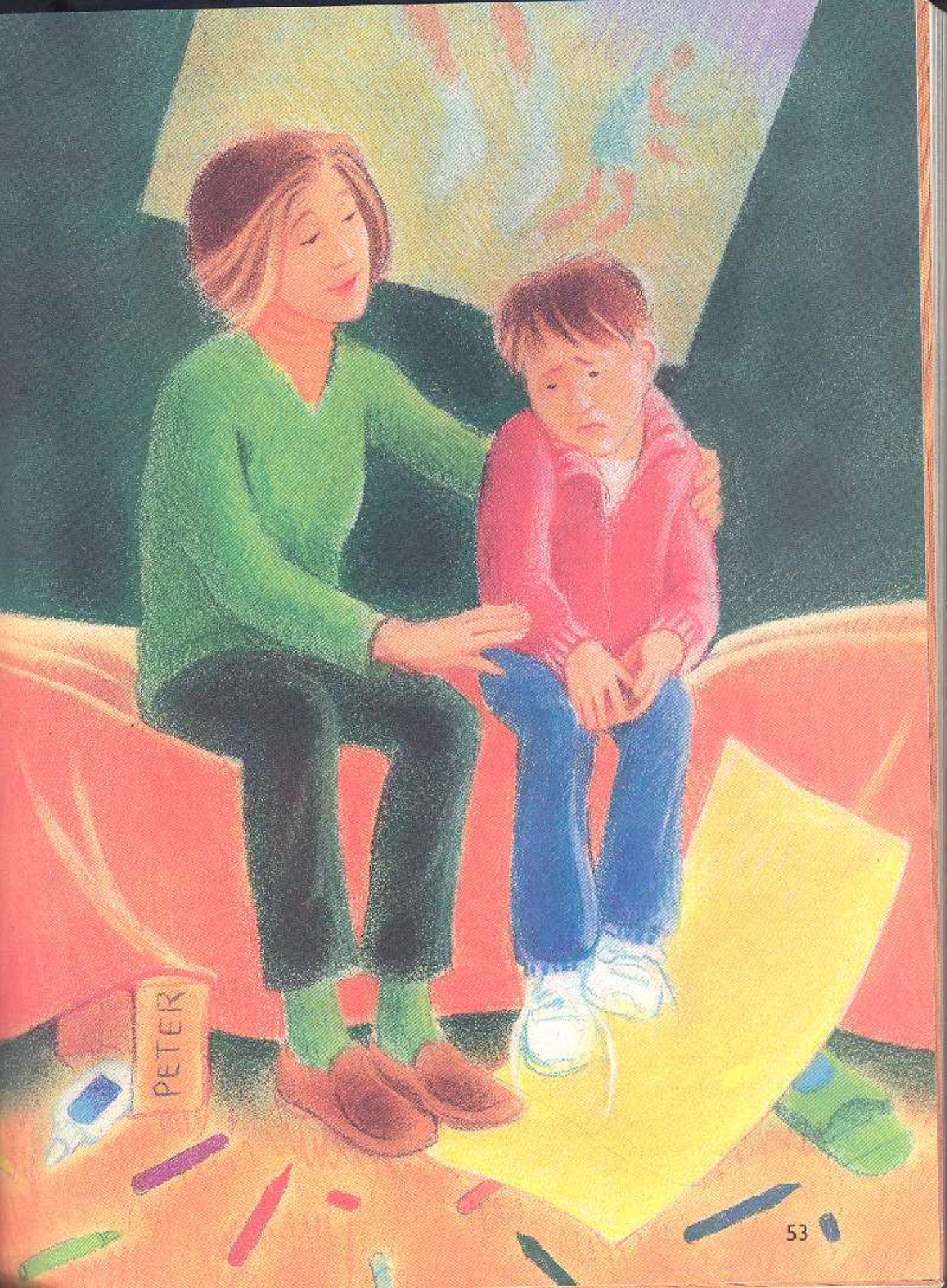
—No me gustan las puertas con cerraduras. Somos una familia y no tenemos por qué encerrarnos.

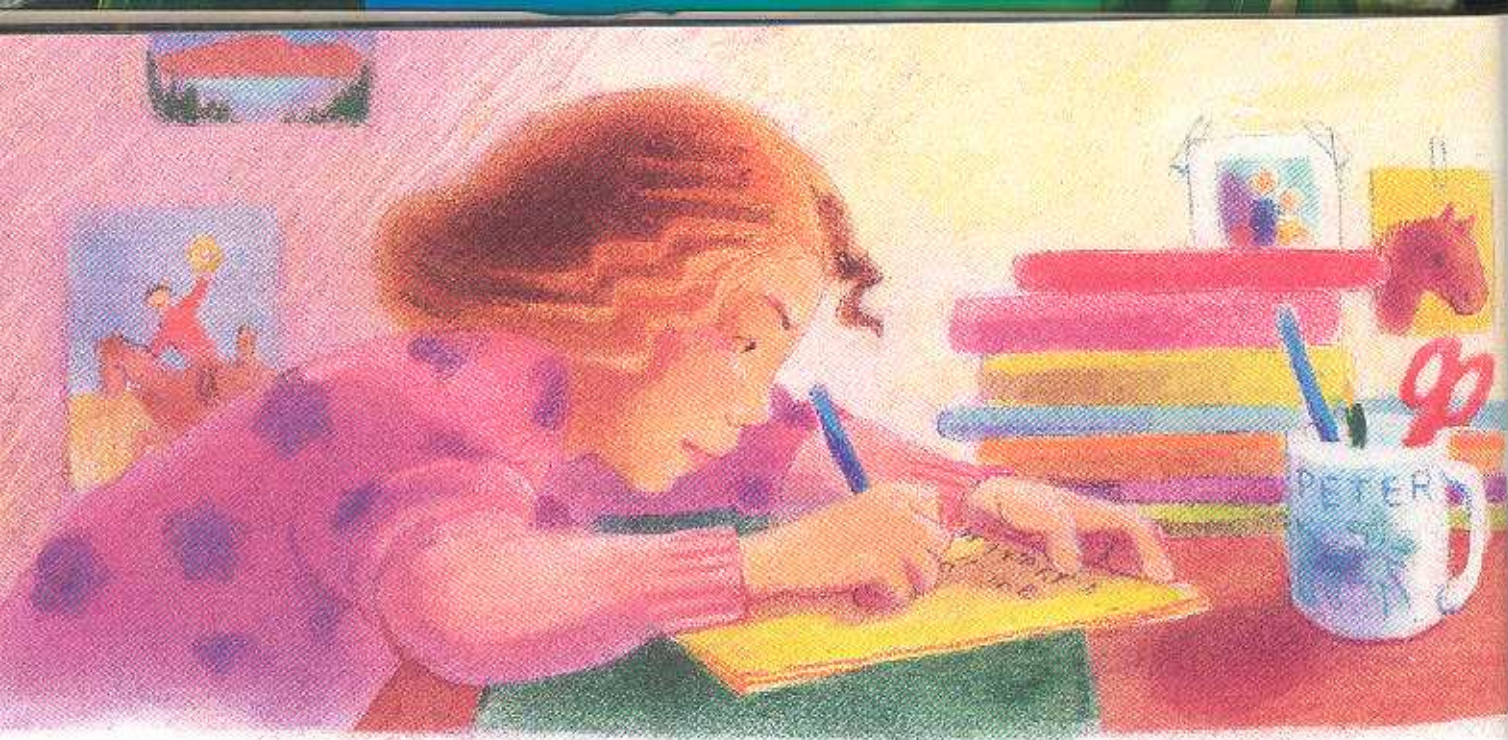
—¡Si hubiera tenido una cerradura, Fudge no hubiera tocado mi cartel!

—No volverá a pasar —prometió mi madre.

Quería creerle pero no podía. Sabía que mi hermano volvería a entrar en mi dormitorio a menos que lo ataran.

Al día siguiente, mientras yo estaba en la escuela, mi madre compró una nueva cartulina amarilla. Lo más difícil iba a ser explicarle a Jimmy que teníamos que volver a empezar. Pero se lo tomó con buen humor. Dijo que esta vez intentaría dibujar un camión que no pareciera un tren volador. Y yo le aseguré que esta vez haría marcas a lápiz primero para que las letras no me salieran torcidas hacia arriba.





Nuestro grupo se reunió aquella misma tarde. Sheila no mencionó lo ocurrido la vez anterior. Nosotros tampoco. Jimmy y yo trabajamos en el cartel mientras Sheila pasaba en limpio lo que nosotros habíamos escrito. Estábamos listos para hacer la presentación oral en la clase del lunes. ¡No como otros grupos que ni siquiera habían empezado!

A eso de las cinco de la tarde teníamos ya terminado nuestro cartel y Sheila casi había terminado con la cubierta del trabajo. Jimmy se puso detrás de ella, mirando lo que había escrito.

Al poco rato gritó: —¿Qué estás haciendo, Sheila?

Me levanté del suelo y me uní a ellos alrededor de mi escritorio. Miré la cubierta. Estaba bastante bien. Decía:

### EL TRANSPORTE EN LA CIUDAD

Debajo ponía:

POR SHEILA TUBMAN, PETER HATCHER  
Y JAMES FARGO

Y más abajo en letras muy pequeñas:

*escrito a mano por la señorita sheila tubman*

Ahora sabía porqué Jimmy se había enfadado. —¡Vaya! —exclamé, poniéndome las manos a la cabeza—. ¡Cómo te has atrevido a hacer esto!

Sheila no dijo nada.

—No es justo —le dije—. ¡Nosotros no hemos puesto nuestros nombres en el cartel!

—Pero la cubierta ya está terminada —dijo Sheila—. ¿Lo ven? No podría volver a hacer las letras tan derechas. ¡Está perfecto!

—¡Huy...! No vamos a entregar el trabajo así. ¡Prefiero romperlo! —gritó Jimmy. Tomó las hojas y amenazó con romperlas por la mitad.

Sheila chilló: —¡No te atreverás! ¡Te mato! ¡Devuélveme eso, Jimmy Fargo!

Estaba a punto de echarse a llorar.

Yo sabía que Jimmy no lo rompería pero no dije nada.

—¡Peter... dile que me lo devuelva!

—¿Prometes borrar esa línea con tu nombre? —le pregunté.

—No puedo. Estropearía la cubierta.

—Entonces creo que deberíamos romperlo —dije.

Sheila empezó a patear. —¡Los odio!

—No creo que nos odies —le dije—. Sólo crees que nos odias.

—¡Claro que los odio! —dijo Sheila llorando.

—Eso es sólo porque estás enojada —le dije. No pude evitar sonreír.

Sheila saltó e intentó arrebatarme el trabajo a Jimmy, pero él, que es mucho más alto que Sheila, lo levantó por encima de su cabeza. No tenía ninguna posibilidad de alcanzarlo.

Finalmente se sentó y murmuró: —Está bien, me rindo, ustedes ganan. Borraré mi nombre de ahí.

—¿Lo prometes? —preguntó Jimmy.

—Lo prometo —dijo Sheila.

Jimmy puso el trabajo en mi escritorio delante de Sheila. —Muy bien. Ya puedes empezar —le ordenó.

—No pienso hacer una nueva cubierta —dijo Sheila—. Voy a convertir esta línea de abajo en un adorno. Tomó un marcador mágico y con las palabras hizo unas florecitas. Así fue como *escrito a mano por la señorita sheila tubman* quedó convertido en dieciséis florecitas.

—Ya está —dijo Sheila—, ya he terminado.

—No está mal —le dije yo.

—Hubiera quedado mucho mejor sin todas esas flores

—protestó Jimmy—. Pero por lo menos ahora es justo.

Esa noche mostré a mis padres el nuevo cartel. Lo encontraron muy bonito. Sobre todo nuestro avión plateado. Mi madre puso el cartel encima de la nevera para que estuviera a salvo hasta el día siguiente en que lo llevaría a la escuela.

Ahora no tenía por qué preocuparme. Sheila había acabado el trabajo escrito, el cartel estaba a salvo y nuestro grupo había terminado antes de tiempo. Me fui a mi dormitorio a descansar. Fudge estaba sentado en el suelo, cerca de mi cama. La caja de zapatos con el material estaba a su lado. Se había pintado la cara con los marcadores mágicos y estaba usando las tijeras para cortarse el pelo. ¡Los pelos que caían iban directamente al bol de Dribble que estaba junto a él en el suelo!

—Mira —dijo—. ¡Mira a Fudge! ¡Fudge es peluquero!

Esa noche me enteré de que los pelos no hacen ningún daño a mi tortuga. Recogí los mechones que había sobre su caparazón. Limpié su bol y lavé sus piedras. Parecía feliz.

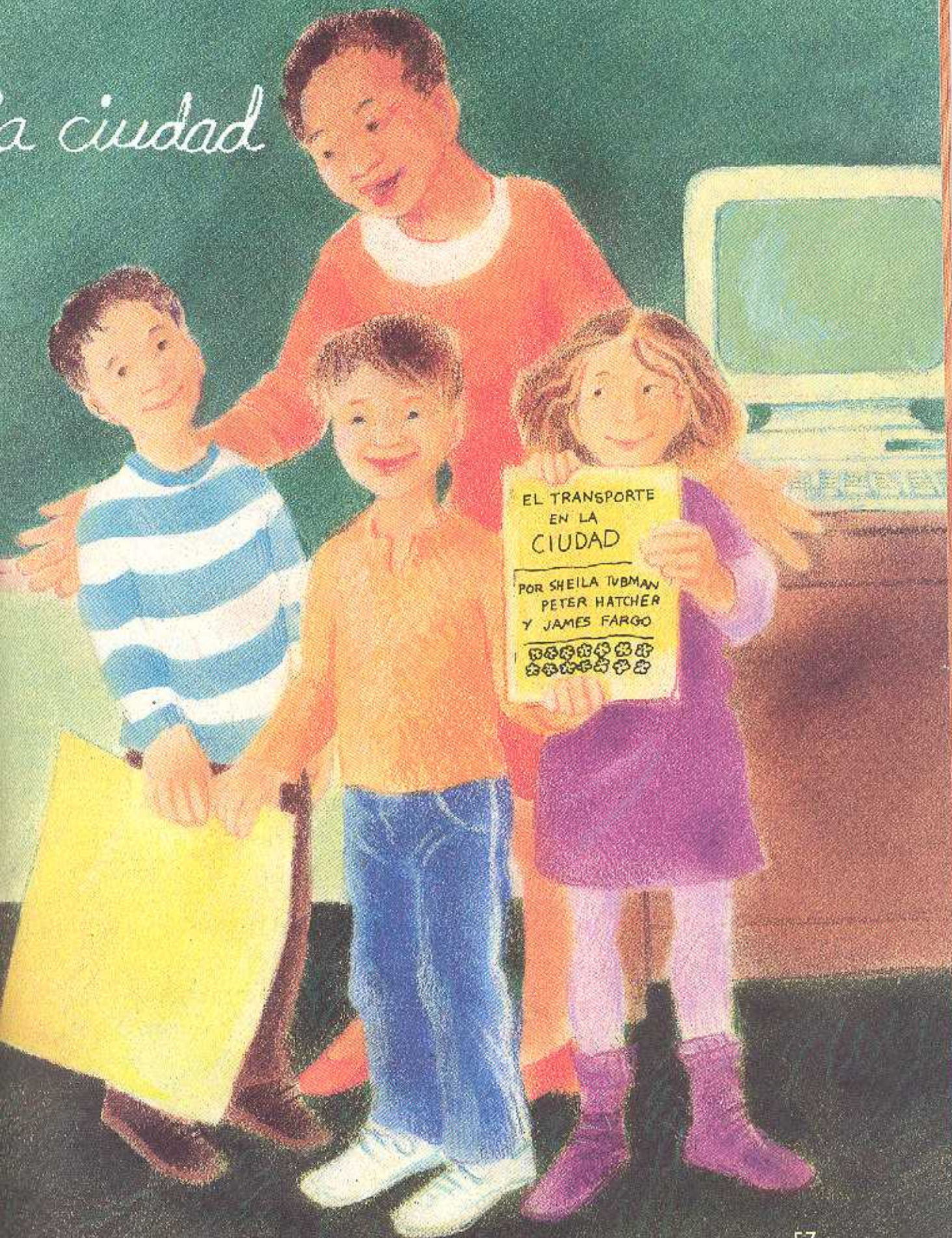
Al día siguiente ocurrieron dos acontecimientos. El primero fue que mi madre tuvo que llevar a Fudge a un peluquero para que hiciera algo con su cabello. Lo tenía bastante largo en la parte de atrás, pero lleno de trasquilones por delante. El peluquero dijo que no podía hacer nada hasta que no le creciera de nuevo. Entre que le faltaban los dientes de arriba y su nuevo corte de cabello estaba cada día más chistoso.

Lo segundo fue que mi padre vino a casa con un candado para la puerta de mi dormitorio. Yo podía alcanzarlo poniéndome de puntillas, pero mi hermano no podría, —¡de ninguna manera!

Nuestro grupo fue el primero en presentar el proyecto. La señora Haver dijo que era un trabajo fantástico. Nuestro cartel le gustó muchísimo. Pensaba que el avión de color plateado brillante era el mejor. Lo único que le intrigó fue porqué habíamos incluido una ilustración de un tren volador.



a ciudad



EL TRANSPORTE  
EN LA  
CIUDAD

---

POR SHEILA TVBMAN  
PETER HATCHER  
Y JAMES FARGO

✿✿✿✿✿✿  
✿✿✿✿✿✿